





Una partitura

Una partitura/ María Cecilia Micetich  
–1ª ed. Buenos Aires, 2014–

ISBN 978-987-1586-47-9

© María Cecilia Micetich  
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522  
(1406) C.A.B.A.

[www.huesosdejibia.com.ar](http://www.huesosdejibia.com.ar)  
[www.huesosdejibia.blogspot.com.es/](http://www.huesosdejibia.blogspot.com.es/)  
[www.facebook.com/editorial.hdj](http://www.facebook.com/editorial.hdj)  
[huesosdejibia@gmail.com](mailto:huesosdejibia@gmail.com)

Edición: Walter Cassara  
Diseño de la colección: Nat Filippini

Diseño de tapa: Pedro José Giraldo  
Imagen de tapa: © Mele Bruniard, “Noche de luna”  
Maquetación: Maurice Brosandi  
Corrección: Laura Gómez Palma

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en Argentina

MARÍA CECILIA MICETICH  
**Una partitura**



## PRÓLOGO

Encontrar la forma sin deformar el lenguaje es aquello que María Cecilia Micetich en lucha constante en su evolución como poeta, hace para esculpir, para refugiarse del silencio, y en él, desde su butaca de tristeza.

El lenguaje ordinario se desenreda, se convierte en una confesión obligada de un tiempo milenario que se convierte en instantes. Su movimiento es intrínseco, de carácter físico y literario.

En su poesía, este movimiento enfatiza la importancia crucial del acto poético que comienza en el discurso que el poeta escucha, y toma las palabras como las encuentra, interrelacionadas a su alrededor, y compone para que constituyan una revelación en el uso de su lengua.

No se encuentra aislada; el poeta es aquél que andando por la vida escucha, descubre en esperas y surgen los colores, comprometiéndose, participando más que observando; de allí que toda su poética se base en la sensualidad por conducto de la inflexión.

Comunicar por medio de la imaginación. Y aunque es propio de la imaginación acuñar similitudes que dependen de una coincidencia casi vegetal, mucho más aguda es esa fuerza que descubre en las cosas, aquellas partículas inimitables de disimilitud que constituyen las peculiares perfecciones.

Cecilia ofrece su poema beneficiado por los vientos fríos de la imaginación que refrescan su labor para conservar el mundo, su mundo.

Octavio Paz señala que la imaginación “no representa sino produce. Sus productos son poemas, objetos que no estaban antes en la realidad. La imaginación poética produce poemas, cuadros y catedrales, como la naturaleza produce pinos, nubes y cocodrilos”, por ello esta poeta produce un arte que “no imita a la naturaleza: imita sus procedimientos creadores”.

Sus poemas están plenos de naturaleza, reproduciendo en ellos con fidelidad amable tanto la iluminación de la letra como el movimiento del espíritu en los “efectos del paisaje”, y sólo serán sustancia de su obra en la medida en que los colores y las superficies se revelen para adquirir permanencia.

No existe una ceguera optimista; existe una ambigüedad que permite todo aquello que es claro y delicado conviviendo con lo áspero y horrible; y por supuesto, todo lo anterior lleno de un terco o invencible gozo en su poesía tiene por momentos un elemento sobresaliente, un énfasis en la verdad, la exactitud, la presentación concreta que encuentra su peculiar imaginismo considerablemente difícil de modificar que se transforma en una organización musical y temática, madurada por completo en sus barcarolas, en la dulce *berceuse* que se suma al andante mientras un oboe ensaya el fondo musical de esa extraordinaria combinación de poesía y prosa: versos sueltos cortados por tercetos más breves, retórica aparentemente formal, partes de teatro en verso, un sobrepuesto montaje.

Esta clara literaria, quiere ir más allá de las palabras. Por fuerza debía coincidir con Pound, (*El Simposio*, 1931):

*¿Poesía? Palabras: invenciones de la mente sin  
sustancia real.  
¿Qué es la luz sino esto? Es precisamente una  
invención de la mente, si  
es que de su aprehensión  
se trata.  
Pero es una emanación consecuente a la acción [...]*

No hay en ella más literatura que la de su mente inventando convenciones, sin genuflexión alguna ante la formalidad en busca de una fe; poeta, en fin, que posee un realismo no imitativo; escritora que coincide con lo que Cernuda ha dicho de la poesía: “Nos consuela, nos consuela de esta vida”.

*Elena Tardonato Faliere*



**¿Será, entonces, cierto..?**

¿Será, entonces, cierto  
que la mirada encumbrada hacia el piélago,  
en la solemne espesura de lo profundo,  
cuando asciende en la hora del ruiseñor,  
cincela el comentario pero también lo sostiene?

La invitación al abismo en el vuelo inmolado  
de este avión de plumas grises,  
merodea el no querer anclar  
en la grava que nos expulsa  
(porque aún nos desea).

Si lo verdadero se hallara en un pestañear,  
abrir y cerrar de hojas, de labios,  
de manos desapacibles, de requiebros,  
diría que todo es blanco bajo esta página,  
diría que el vaso a medias  
expresa cinco minutos más  
que la botella llena de cenizas,  
cuando el universo da vueltas  
y en la mitad del vals transforma  
la temporalidad toda en una lágrima.

## Conciliarse en el vértice de un pétalo

Conciliarse en el vértice de un pétalo  
desde el instante,  
esa fórmula matemática que omitimos en el abrazo,  
sutil gesto de arrastrarse a tientas  
sin nubes que amparen la distancia.

La templanza ovilla cada surco de la tez,  
y va arando el terreno fértil del pecho  
en la astilla de un abedul de plata,  
recreando un velo de siesta.

Alguien se acuesta, duerme y evapora  
(el aroma en la mesa),  
alguien visita siete veces un templo y luego olvida  
(cuartos inundados de lluvia blanca)  
alguien pulsa una escala trunca hacia el infinito  
y se derrumba en lesa inquietud.

Alguien piensa desnudarse en la cima mientras escala.  
De noche, a veces, la luz nos visita  
para luego dejarnos con frío.  
*Todos afirman que las palabras  
expresan su fertilidad en el remolino,  
en las ramas amarillas de un mayo que se vislumbra.*

## Tríptico veneciano

### I

He observado el saliente desde el cuadro:  
la creación vuelve en su aura  
cuando la flor del manzano borra  
en la música del inmortal ausente.

Prendida en redes  
una rama dorada abraza  
la forma imperfecta del misterio.  
Suavemente penetra el manto níveo,  
sepia, cálido. Milagro fundido.  
Los sentidos se estremecen, mi bien,  
cuando comprendemos que la mirada  
es insuficiente aunque nos llame al viaje:  
Venecia se vuelve aire perpetuo,  
reflujo de la vida que corre hacia el fondo,  
hacia el centro, en los nueve ventanales  
del paraíso que invade cada suspiro  
y se transforma en canal.

Esa necesidad que tengo  
*de sujetarme a las formas del muérdago,*  
*si me ciño del cosmos de tu cintura,* dijo gentilmente.  
En la invasión de las manos,  
donde se libera el perfume,  
desde un cerezo en flor  
que la barcarola va meciendo:  
la desnudez,  
dulcemente vestida de instante.

En esta travesía aguas arriba  
reclinado eternizas el temblor  
cuando respiro,  
cuando lavas en una ola siglos  
enteros de color ámbar,  
y en el Lido se refleja incesantemente  
la imagen sublime  
hasta ayer perdida.

## II

Cerca del cuerpo  
una máscara, ex nihilo,  
empapa el pañuelo que vela sus párpados.  
Allí, el terciopelo negro,  
silenciado, suspendido en la pregunta,  
por el camino a San Marcos  
rimado en la nocturnidad de un oratorio.

Se abre el sendero  
y *recuérdame*, dices a Eneas,  
enredándote cual muro escrito en salvia,  
blanco sepulcro para una flor que cesa  
al descenso de la luz.

El perfume abunda la letra de sus manos  
cuando escribiendo jacintos  
en el lugar de la rosa hace reverencias la alondra.

La pluma revela, aunque duerma,  
la circularidad perpleja del amparo.

### III

Se desvanece el eclipse  
entre la silla y la morada que dejaste sin entibiar.  
Pleamar en descenso,  
callas como aquella hilera de tilos  
sin perfume, callas y olvidas.  
En la espera de la pureza de los brezos  
sonríes absorta por naturales gestos.

Eres al compás del descubrimiento  
de tu frente en estrella. Origen.  
Del agua de sauce  
emerge fúlgido tu rostro,  
tu rostro lozano,  
ese enjambre crepuscular  
que mansamente el regazo espera.

Siente cómo se vuelcan siglos de historia  
atemperados en góndolas,  
en la búsqueda nefasta,  
si Eros recita el madrigal a su doncella  
y se acercan.

Siete, nueve y cinco milenios  
enterrados en la madera del arco,  
áurea brisa apacible que hamaca  
sin cuna, de dos en dos.  
A mitad de camino, la luna cruza la raíz,  
la antigüedad se vuelve una:  
roble y encina para fundar tus brazos de Sol.

La chispa se enciende  
y desaparecen las soledades de niña.

La tierra se precipita, el templo se quiebra  
al empujar con la rama  
para que desciendan todos los miedos  
en la profundidad del pasaje.  
Hacia la región de Orfeo,  
por un cantar ominoso  
espía el silencio  
el andar de tu arrullo.